



Una respuesta pastoral a la actual crisis migratoria desde la frontera

Mons. Mark J. Seitz, Obispo de El Paso

Presidente, Comité para la Migración, Conferencia de Obispos Católicos de los EE. UU.

Encuentro Obispos Tex-Mex | 27 de febrero del 2025 | San Antonio

I. Los elementos de la crisis actual

Estimados hermanos Obispos, Mons. Garcia Siller, hermanas y hermanos todos, les agradezco la oportunidad de poder compartir esta intervención sobre la nueva situación que estamos viviendo en la frontera, en EE.UU, en México y en toda la región.

Primero, unas palabras sobre las acciones del nuevo gobierno de los EE. UU. en poco más de un mes después de la toma de posesión el 20 de enero.

En este arco de tiempo, hemos visto:

- *el cierre casi total de la frontera a solicitantes de asilo y otras personas vulnerables con la eliminación de CBP One, las Oficinas de Movilidad Segura, los programas de libertad condicional para personas de Cuba, Nicaragua, Haití y Venezuela;*
- *la suspensión de la Estrategia 'Causas Raíz' del gobierno, orientada a evitar la migración a través de programas de desarrollo y la creación de puestos de trabajo;*
- *y la suspensión de ayuda al desarrollo a través de USAID y otros programas.*

Hemos visto también cierta continuidad y hasta una radicalización de:

- *las presiones a México, Centroamérica y el Caribe para que detengan a los solicitantes de asilo y acepten a los retornados;*
- *y la intención de volver a acuerdos de 'tercer país seguro' y 'Quédate en México'.*

Además, el nuevo gobierno ha actuado para declarar una supuesta invasión en la frontera, enviando una gran cantidad de tropas federales a la frontera 'emergencia nacional';y también ha tomado acciones para criminalizar a los migrantes y quitarles su estatus legal;

- *incluyendo la suspensión de TPS, Estatus de Protección Temporal, para 350.000 Venezolanos y medio millón de Haitianos;*
- *y también ha puesto fin a la política de 'lugares sensibles' que frena acciones policiacas en iglesias, hospitales y escuelas.*
- *Además hemos visto la utilización de la base militar en Guantánamo, Cuba, lugar de múltiples violaciones de derechos humanos, como centro de detención de migrantes, lejos de mecanismos de protección, debido proceso y el monitoreo.*

No hablaré del ataque de oficiales de este gobierno, incluso el mismo vice presidente, contra la iglesia, nuestra conferencia episcopal, y el mismo Papa.

Estas acciones han provocado una situación pastoral muy difícil para nuestro pueblo en todo el país. Hay aproximadamente 11 millones de personas en los Estados Unidos afectadas por la realidad de vivir sin documentos. 22 millones de personas en todo el país viven con alguien indocumentado. 4,4 millones de niños ciudadanos estadounidenses viven con papás indocumentados. Y más de la mitad de esta población vive en el país desde hace más de una década y muchos de ellos desde hace más de veinte años.

Entonces, en poco más de un mes, el gobierno ha hecho todo esto en nombre de una supuesta crisis migratoria.

Permítanme entonces, detenerme un poco sobre la naturaleza de esta supuesta 'crisis'.

Muchas veces escuchamos la palabra 'crisis' cuando se habla de la frontera. La frontera, en nuestro imaginario y en nuestra conciencia pública, siempre está en 'crisis' y siempre es 'crisis'. Se supone que las comunidades en donde nosotros, Obispos Tex-Mex, hacemos nuestra pastoral, están en crisis perpetua y, por lo tanto, nuestros países continúan brindando respuestas de crisis.

Sin embargo, la definición de esta 'crisis' es vaga y sus elementos constitutivos no son claros. Hay que aclarar lo que entendemos por 'crisis'; es un primer paso esencial para dar una respuesta pastoral adecuada.

Esta 'crisis' a menudo se identifica con la gran cantidad de llegadas de personas, seres humanos, a la frontera, como con la necesidad de utilizar el ejército y las fuerzas de la Guardia Nacional de Texas y el Departamento de Seguridad Pública para repeler a los migrantes y los 'traficantes y contrabandistas peligrosos', o la necesidad de más fondos para más detención y más vigilancia.

Sin embargo, esta crisis nunca la define la gente que se queda varada en México y en las fronteras porque no puede pedir asilo o porque los estamos alejando hacia el peligro. Tampoco

se define por el número récord de muertes de migrantes, incluso en El Paso, donde nos hemos convertido en el lugar número uno en cuanto a la muerte de personas intentando cruzar.

Tampoco se define por las condiciones inhumanas en los centros de detención, incluido también ahora Guantánamo, o la violencia infligida a familias vulnerables por oficiales. Tampoco consideramos el perfilamiento racial de nuestros vecinos durante lo que será muy probablemente una nueva campaña de detenciones masivas, arrestos y separaciones familiares con este nuevo gobierno. Tampoco pensamos en el impacto que significa para nuestra Patrulla Fronteriza y los agentes policiales locales recoger a personas muertas en el desierto o a personas gravemente heridas en el muro fronterizo.

Para la autoridad, nada de esto es 'crisis'.

En realidad, la crisis fronteriza no es una crisis de números, presupuesto o aplicación de la ley. La crisis fronteriza es la crisis de un sistema de inmigración roto, y de una humanidad fracturada, donde la dignidad y la seguridad de los más vulnerables son aplastadas en favor de supuestos objetivos de seguridad nacional, económicos o ideológicos.

Por tanto, la verdadera crisis fronteriza tiene al menos tres elementos:

1. *Un elemento moral.* Permitimos que la gente muera, perjudicamos activamente a las familias vulnerables, incluso separándolas en redadas o en la frontera, y las enviamos al peligro al negarles cualquier acceso a refugio, hospitalidad y acompañamiento. Esto va en contra de nuestra defensa de la dignidad y la vida de todos.
2. *Un elemento político.* Nuestras políticas no responden a la dignidad y el potencial humano de cada persona, ni a las necesidades de nuestras comunidades fronterizas. Más bien, están respondiendo al logro de objetivos logísticos e ideológicos que no tienen nada que ver con el carácter sagrado de la vida. Cuando anteponeamos la logística (el número de llegadas de personas) o la ideología (la óptica del 'caos') reproducimos y justificamos la muerte.
3. *Un elemento profético.* Para nosotros en la frontera sólo hay profetas de muerte. Las voces de las comunidades fronterizas, de nuestra gente, de los migrantes y las personas de buena voluntad que quieren hablar de la vida y ofrecer alternativas a este cruel sistema son silenciadas, ignoradas e incluso amenazadas, como hemos visto en múltiples casos en Texas contra proveedores de hospitalidad católica. Nadie está profetizando que un sistema que respete la vida sea posible.

II. Abordar la crisis fronteriza no es partidista sino pastoral

Muchos de nosotros hemos tenido miedo en algún momento de alzar la voz contra esta crisis. Tenemos miedo de que nos consideren partidistas. Tenemos miedo de ayudar a las personas desde nuestros púlpitos a comprender las enseñanzas de la Iglesia sobre la migración. En cambio, tratamos de encontrar un término medio para adaptar el mensaje de Jesús a las divisiones políticas. Somos escépticos de que alzar la voz sirva de algo para las personas vulnerables que acompañamos o cambie el sistema.

Pero todos esos pensamientos son enemigos de la Verdad. Abordar esta crisis fronteriza no es partidista sino profundamente pastoral, como nos recordó recientemente el Papa Francisco, en su carta a los Obispos de EE. UU. sobre la migración este mes:

'Con caridad y claridad todos estamos llamados a vivir en solidaridad y fraternidad, a construir puentes que nos acerquen cada vez más, a evitar muros de ignominia y a aprender a dar la vida como Jesucristo dio la suya por la salvación de todos.'

Como iglesia, tenemos mucho para ofrecer pastoralmente.

Necesitamos superar nuestro miedo a partir de un mensaje radical de igualdad, igualdad de dignidad, porque todos somos hijas e hijos del mismo Padre, *dignitas infinita*. Tenemos la oportunidad de trascender nuestras diferencias a través de la hospitalidad y el encuentro de un corazón abierto. Tenemos la oportunidad de mostrar un nuevo camino de misericordia, acompañamiento y esperanza.

Este es el legado de nuestro amado Papa Francisco, un magisterio de misericordia, de encuentro, de *dignitas infinita*, de trabajo concreto para favorecer la fraternidad humana. Rescatemos estos elementos del magisterio del papa: *Misericordia, encuentro, dignitas, fratelli tutti*.

III. La urgencia de una respuesta pastoral binacional y regional concreta

Ahora ¿Cómo concretar esto?

Las palabras importan, pero las palabras sin acción son letra muerta. Los desafíos que enfrentamos no comienzan ni terminan en nuestra frontera. Más bien, se extienden a lo largo de Estados Unidos y muchos otros países latinoamericanos. Se debe actuar ahora, antes de que el daño sea tan grande que no tengamos otro remedio que el perdón de nuestro Dios por no haber hecho lo suficiente. Debemos tomar medidas decididas como obispos fronterizos y como Iglesia única regional en las Américas.

La Carta Pastoral Regional sobre Migración que publicamos los obispos responsables para la pastoral migratoria de Canadá, México, Caribe, Centroamérica y EE. UU a finales del año pasado, *Lo vió, se acercó y lo cuidó* nos ofrece una hoja de ruta y un marco poderoso para la acción.

Quisiera agradecer a Mons. Santos y Mons. Miranda la oportunidad de haber trabajado juntos en la construcción de este texto, un esfuerzo inédito, en Panamá el año pasado.

Lo que aprendimos en la construcción de este texto, y que tiene mucha resonancia con el trabajo de la iglesia para favorecer la sinodalidad, es que ahora, la pastoral migratoria no puede ser asumida aisladamente, únicamente por los responsables oficialmente por la pastoral migratoria, y ni siquiera por obispos fronterizos o diócesis específicos. La acción debe realizarse en red, coordinada, sinodalmente y en múltiples lugares al mismo tiempo.

Urge implementar más coordinación para proteger a las personas vulnerables.

En nuestras diócesis en los Estados Unidos, eso significa intensificar el alcance de difundir información para que las personas afectadas conozcan sus derechos. Significa ofrecer formación a nuestras parroquias y nuestro clero y agentes pastorales para que las personas conozcan sus derechos antes de las redadas de inmigración. Significa trabajar con nuestros funcionarios locales para minimizar el impacto de los arrestos indiscriminados, y reducir la cooperación de las autoridades locales con la inmigración y abogar por casos específicos que necesitan apoyo.

En México, todos debemos trabajar para apoyar la red existente de refugios, aumentar el apoyo brindado a las personas retornadas (ya sea en la frontera o desde el interior de Estados Unidos) y a los mexicanos desplazados.

Nuestras redes de protección también deben servir como puntos de encuentro para las personas temerosas de los migrantes o escépticas sobre la migración, para poner un rostro humano y comenzar a trabajar por la fraternidad humana.

En segundo lugar, debemos ser una Iglesia vigilante y mejorar nuestra capacidad para compartir información y monitorear los abusos.

Nuestros gobiernos en la región, empezando por el gobierno de Estados Unidos y el gobierno del estado de Texas, están atacando significativamente la seguridad de las personas en movimiento. Las personas están confundidas porque no se respetan sus derechos básicos, incluido el derecho a solicitar asilo, y a menudo enfrentan el dilema de enfrentar riesgos al cruzar fronteras de manera irregular, permanecer en peligro dónde están o regresar a sus países de origen en peligro.

Debemos trabajar para difundir información confiable y acompañar a las personas en difíciles procesos de toma de decisiones. Nuestra historia en la región también nos ha enseñado que nuestros espacios de acompañamiento son lugares importantes para documentar los abusos

y denunciarlos. Debemos mejorar nuestra capacidad de monitoreo para detectar abusos y poder buscar remedio con las personas afectadas a través de la defensa de derechos humanos. En tercer lugar, debemos alzar nuestra voz, como una sola iglesia, contra las políticas crueles y promover una visión profética de un sistema migratorio donde la dignidad y la fraternidad sean las piedras angulares.

Debemos unir nuestras voces como Obispos en nuestras múltiples conferencias y mecanismos de articulación regional. La Iglesia debe brindar una presencia continua de compasión, consuelo y esperanza. La gente debería reconocer que somos una sola iglesia, en todos los países, sabiendo que la Iglesia está con ellos, defendiéndolos y trabajando para ellos. A través de estas acciones es que podemos afrontar la verdadera crisis moral, política y profética fronteriza que estamos viendo.

Permítanme concluir citando un párrafo de nuestra carta pastoral regional, párrafo 92.

Trabajaremos con esperanza y vigor renovados, junto con los Obispos y la Iglesia en los Estados Unidos, para promover reformas esenciales, incluida la modernización del asilo, la desmilitarización de la frontera con México, un camino hacia la ciudadanía para aquellos sin documentos, el fin de la detención, la separación familiar y la deportación de quienes no representan una amenaza para sus comunidades, y reformas esenciales como el beneficio denominado "Estatus de Protección Temporal" (TPS) para quienes huyen de condiciones difíciles en sus países de origen. También reconocemos que este trabajo debe realizarse principalmente desde abajo, promoviendo el liderazgo de los miembros de las comunidades afectadas y trabajando junto a ellos para alzar una voz moral a favor del cambio que tanto se necesita.

Y para finalizar, el 24 de marzo de este mes, como signo de nuestro compromiso hacia Cristo en los pobres, de nuestro compromiso como Pueblo Eucarístico en medio del mundo, solidarios con los que tienen miedo y los que sufren, el 24 de marzo, tendremos una marcha y una vigilia en solidaridad que los migrantes y con todos los que tienen miedo en este momento. Estaremos acompañados por Su Eminencia el Cardenal Fabio Baggio del Vaticano, por una delegación de la conferencia episcopal de Canadá, por Mons. Lira y P. Gallardo de México, por Mons. García Siller, y por otros obispos y líderes de fe. Les extiendo a todos ustedes los presentes una invitación para estar con nosotros ese día.

Muchas gracias. Les agradezco la atención e invito sus preguntas y el diálogo.